

NUESTRA HISTORIA (V): POSGUERRA: LA TRAVESÍA MÁS DURA



La afición montañera ayudó a la convivencia de distintas ideologías. En Aizkorri en 1946, Arbon Bandrés, Indalezio Ojanguren y Ángel Sopaña (Archivo EMMOA. Fondo A. Bandrés)

Tras los turbulentos años que siguieron a la proclamación de la república en 1931, la entonces denominada Federación

Vasca de Alpinismo, como influencia del clima social que se vivía, cayó también en una profunda crisis de identidad. La antes potente Sección Vizcaína se disolvió, repartiendo sus pertenencias entre centros benéficos; en Araba y Navarra se tambaleaban los clubes que habían sido referencia y sólo la sección guipuzcoana mantenía el testigo de lo que había sido el pujante movimiento montañero en Euskal Herria desde su fundación en Elgeta en 1924.

Con la esperanza de reconducir esta crisis, el montañismo vasco volvió a mirar a Elgeta como el santuario curativo para sus males internos. La cita fue el 19 de abril de 1936. De nuevo la plaza del Alpinismo volvió a llenarse de montañeros y montañeras de los cuatro territorios y los dirigentes proclamaron sus proyectos ilusionantes;

pero, como si de una obra de teatro se tratara, el escenario iba a cambiar radicalmente tan solo un año más tarde.

En abril de 1937, nos encontramos de nuevo en la entrañable plaza elgetarra, pero ahora no hay montañeros ni vecinos. La vemos ocupada por requetés de la IV Brigada de Navarra y muchos de los edificios que la componen aparecen destruidos por los bombardeos.

Muchos de los edificios que la componen aparecen destruidos por los bombardeos

Cuando concluyó la contienda en 1939 y callaron las armas, la sociedad estaba tan destrozada como las casas de la plaza de Elgeta. ¿Qué quedaba de los clubes? ¿Dónde estaban los montañeros?

TEXTO



Arbon Bandrés
(Donosti, 1946)

Montañero y cronista de montaña, ha escrito miles de artículos y una decena de libros, entre los que destaca su trilogía "Historia testimonial del montañismo vasco". Actualmente es miembro de la Fundación EMMOA para la creación del Museo del Montañismo Vasco.

EL DÍA DESPUÉS

La reacción de los montañeros supervivientes del desastre económico, humano y social de la Guerra Civil tuvo en cada territorio unas características diferenciadas. Justo acabada la contienda, en Pamplona se intentó reactivar el antiguo club Montañeros de Navarra, pero la nueva realidad les iba a hacer a sus promotores tomar conciencia de hasta dónde habían cambiado las cosas. El gobernador civil les notificaba que debían dar de baja a los socios citados en una lista, incluidos todos aquellos que tenían apellidos vascos. La negativa a la imposición fue unánime y el nombre del club Montañeros de Navarra pasó a la historia.

Pero el magma de la afición, alimentado por los montañeros históricos y por las nuevas generaciones, bullía en su interior y encontró una salida afiliándose al Club Deportivo Navarra en 1942. Se trataba de una sociedad joven y polideportiva, que en poco tiempo se vería dominada por las huestes montaÑeras. Para entonces, había ya tomado cuerpo en la capital navarra el Club Deportivo Oberena, cuyas actividades montaÑeras se desarrollaban sin obstáculos al estar adscrito al movimiento de Acción Católica.

En Bizkaia, la vuelta a la montaña tomó rumbos distintos. El Club Deportivo Bilbao, que había sido la cuna del movimiento montaÑero, se encontraba destruido tras haber sido durante los años de guerra cobijo de refugiados, hospital de infecciosos y centro de concentración de presos. Pero quienes habían sido sus antiguos impulsores, entre quienes se encontraban Ángel Sopena, Antonio Ferrer y José Ramón Murga, promovieron una asociación afecta al régimen con el nombre de Montañeros de Vizcaya. Para definir su tendencia, el nuevo club con vocó como primera actividad una concentración en Gorbeia "como homenaje a los que allí, al pie de la cruz de la cima, cayeron luchando por Dios y por España aquel 2 de abril de 1937".

UNA BANDERA ROJA

El Gipuzkoa, una de las entidades más veteranas, el Fortuna donostiarra, volvía a la actividad proponiendo una modalidad entonces novedosa: las marchas reguladas de larga duración. En 1941 programó una travesía de Diez Horas entre Usurbil y Tolosa, que concitó una participación inesperadamente elevada, especialmente de mujeres.

El reglamento respondía a las exigencias morales de la época: "Los participantes deberán ir cubiertos, por lo menos con camisa o camiseta y un pantalón que, de ser corto, deberá llegar hasta la rodilla". Los criterios de participación también eran propios del tiempo que se vivía: "Podrán concurrir patrullas militares y de los cuerpos de policía".

Pero lo que no pudieron prever los fortunistas fue la denuncia que recibieron del gobernador civil al día siguiente

de la marcha de 1942, pidiendo explicaciones y amenazando con sanciones "por la existencia de una gran bandera roja en el monte Blanditz". Tres años después de finalizada la guerra, la exhibición de una bandera roja, color asimilado a los comunistas, aunque fuese el estandarte del grupo de montaña Urdaburu, levantaba las suspicacias del régimen.

La exhibición de una bandera roja levantaba las suspicacias del régimen

Organizar excursiones en tiempos de posguerra no era un empeño fácil. Con varios días de antelación había que presentar la lista de participantes en el gobierno civil y esperar el permiso gubernativo. Además, el director de la salida debía hacerse responsable "de todo acto o manifestación que se produzca entre los integrantes del grupo".

Tampoco era tarea sencilla conseguir medios de transporte: faltaban buses, combustible y hasta neumáticos. Los montañeros de Eibar utilizaban camiones a los que añadían bancos de madera en la caja. Acercarse a los valles fronterizos estaba vedado y sólo era posible hacerlo con un salvoconducto. Y, por si fuera poco, en algunas excursiones se apuntaba el montaÑero espía, que era fácilmente identificable por todos.

VENCEDORES Y VENCIDOS

Poco a poco, fueron regresando tras duras experiencias en los campos de concentración, en prisiones o en el exilio, muchos montañeros que habían combatido en los bandos republicano o nacionalista. Entre ellos había nombres ilustres como los del tolosarra Xebe Peña, que había sido secretario de Telesforo Monzón, el legendario Andrés Espinosa, Luis Peña Basurto, autor de la primera guía sobre las cumbres de Gipuzkoa y el propio Antxon Bandrés, el fundador, al que le habían sido confiscados buena parte de sus bienes. Todos ellos se venían abocados a afrontar la difícil asimilación de vivir como vencidos y de volver a compartir las excursiones con quienes habían estado enfrentados en los campos de batalla.

No sin superar grandes reticencias, muchos montañeros se fueron adaptando a convivir con unas concepciones religiosas y políticas radicalmente opuestas a las que habían defendido. Fue una actitud colectiva digna de admiración y cuajada de renuncias, en la que primaron las afinidades personales y la devoción montaÑera sobre los pesados lastres ideológicos.

Pero todavía tendrían que pasar muchos años para que las heridas abiertas en las trincheras de las montañas y en el alma de quienes vivieron aquel drama pudieran ir cicatrizando.